



Astor Piazzolla, integrando la agrupación de Anibal Troilo

estaban Maderna y Salgán haciendo lo mismo que yo. Era lindo. Era una carrera por superarnos. Horacio (Salgán) tocaba algunas cosas mejor que yo, y eso me obligaba a mejorar. Y redondea la evocación en forma elocuente: "Era la felicidad de ser libre..."

En esta cita del talentoso músico, se hallan contenidos los nombres de otros dos grandes exponentes de aquella época: los de Horacio Salgán y Osmar Maderna. Pianistas ambos, el primero de ellos introdujo audaces transformaciones rítmicas a partir de su obra *Del 1 al 5*; una audacia que arranca con ese tango, en 1945, y que continuará en todo ese decenio y posteriormente, con títulos como *Grillito* y *A fuego lento*; con previsible resistencias iniciales, sin importarles que el tango bailable ya de por sí contaba con gran éxito popular por aquellos años. Salgán se arriega con ese estilo innovador en la interpretación y en los arreglos orquestales. "logró un difícil equilibrio entre lo vigoroso y lo melódico, el canyengue y lo romántico..." como lo definiera Oscar del Priore (2); por su parte, Osmar Maderna, tras incursionar como instrumentista y arreglador de Miguel Caló, también en 1945 constituye su propio conjunto y debuta en el café *Marzotto*. Autor de inolvidables páginas como *Concierto en la luna*, *Lluvia de estrellas*, *Pequeña* o *Rapsodia de tango*, tempranamente fallecido —a los 33 años y en accidente de aviación—, su sólida formación musical (incluso efectuó arreglos de piezas del género clásico en ritmo de tango) se puso al servicio de la música rioplatense constituyéndose en uno de los puntales de la corriente renovadora que evocamos; fue uno de los iniciales experimentadores de la vanguardia de aquella etapa, calidad que anduvo siempre unida a su virtuosismo pianístico.

El sinnúmero de orquestas, cancionistas y cantores que mencionamos el domingo pasado, siguió contando con el favor popular en todo el lustro restante. A la trilogía recién incorporada en detalle, es preciso añadir algunas figuras que, en mayor o menor medida y de acuerdo a su estilo y personalidad, comenzaron por aquellos días su intento de rompimiento con los esquemas clásicos del tango, trayendo a primer plano todas sus posibilidades estéticas y, en general, basándose en tratamientos armónicos y rítmicos de neto corte moderno.

Algunos de ellos, a través de la reedición de las experiencias efectuadas por Julio de Caro y Osvaldo Fresedo en la época de los años 30, es decir mediante la "sinfonización" del tango a través del agregado y el refuerzo, a la orquesta típica tradicional, de todas las cuerdas y los bronce de la orquesta sinfónica.

Entre estos nombres, los de Argentino Galván, Carlos García, Mariano Mores, Enrique Mario Francini compartiendo el rubro directriz con Armando Pontier, y Leopoldo Federico.

Al margen de esa contribución en los cambios operados a nivel instrumental, a todos ellos se les debe —en especial a Mores— un especial reconocimiento en materia de composiciones que ya ocupan lugares de privilegio en la historia del tango: *Cafetín de Buenos, Uno, Cristal, Taquito militar, Tanguera* (en cuanto a Mores), o de la suma de páginas como *Tema otoñal, Delirio, Cabulero, Milonguero de hoy, Milongueando en el 40, A los amigos, Trenzas, A la guardia vieja* (en lo que respecta a Francini, Federico y Pontier), a manera de muestrario de esa faceta autoral en la que destacaron.

Despedir esta etapa de la década de 1940, en la que el auge y el alza del tango pareció haber sido contagiado por el que vivía el país en sus distintos órdenes, es dejar en esta ruta evocativa del historial tanguero una de sus épocas más fulgurantes.

Es la misma que plantea, a su culminación y como frontera divisoria que arranca precisamente en 1950, algunos de los problemas básicos que el género sigue manteniendo vigentes hasta nuestros días.

Una problemática, que, a manera de luctuoso augurio, pareciera abrirse no bien comienza a rodar el siguiente decenio. Cuando, en 1951, mueren dos figuras claves en el campo de su poesía: Enrique Santos Discépolo y Homero Manzi.

Junto a esas pérdidas, algunos otros factores de peso que tendremos oportunidad de reseñar en las notas venideras.

(1) *Con Piazzolla*, de Alberto Speratti; Editorial Galerna, Buenos Aires, 1969.

(2) *El tango-De Villoldo a Piazzolla*; Editorial del Noroeste, Buenos Aires, 1975.